este tomo termina en nº 16

Tomo XI

# REPERTORIO AMERICANO

Núm. 7

San José, Costa Rica 1925 Lunes 19 de Octubre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA



## Proseguir y adelantar

=Los que últimamente aquí entretienen sus ocios en dárselas de *críticos* (según los dimes y diretes de los no pocos mentecatos de este islote literario), harían bien si acaso leyeran esta reciente, sobria y perspicaz lección de Azorín, humanista de subidos quilates. Que al menos la mediten los contados escritores jóvenes de valer; y que se reconforten y aprendan a perseverar en la paciencia, y en el estudio. ¿Lo oye Ud., mi dilectísimo Carlos Luis Sáenz?=

«No todo lo que se prosigue se adelanta», ha escrito Gracián. La fórmula se puede aplicar a todos los órdenes de la vida. A la literatura en general y a la redacción de las obras literarias la aplicaba, en especial, Baltasar Gracián. «No todo lo que se prosigue se adelanta». En la literatura, cada veinticinco años aparece una generación de escritores noveles. Bullen, rebullen, producen estrépito, se vanaglorían todos estos escritores de ser ellos los buenos, los nuevos, los que hacen adelantar una etapa nueva a las letras. Y en realidad, si la literatura prosigue, lo que adelanta es poco. De todos esos escritores nuevos que rebullen y se agitan cada veinticinco años, sólo quedan, acaso, dos o tres. La turba de novelistas, poetas, ensayistas, se desvanece—pasados los veinticinco años—en las brumas de lo pretérito.

El fenómeno que se produce en una literatura se produce, poco más o menos, en otra análoga, y con mayor o menor intensidad. No hablemos de la literatura española presente; deseamos no herir ningún legítimo amor propio; hablemos de las letras francesas actuales. La novela es uno de los géneros más abundantemente cultivados; no muere la novela; se transforma, sí, radicalmente. Y acaso esta transformación es parecida a una muerte: muerte de modalidades y técnica pasadas. En Francia son legión los nuevos novelistas. De todos los actuales cultivadores de la novela, ¿cuántos quedarán? Los poetas, a la hora actual, en Francia, son también innumerables. ¿Cuántos de esos poetas dejarán su estela en las antologías? Seis, ocho o diez, en resumen de cuentas, quedarán tal vez entre novelistas y poetas. La mayoría de esos nombres que ahora repiten y glorifican los escritores jóvenes españoles, no representará nada dentro de algunos años. No queremos nombrar a nadie. Pero puesto que ya no se cuenta entre los vivos, deseamos hacer una excepción en favor de un ingenio joven, muerto cuando se abría ante él—como ante nuestro Cirio Escalante—un brillantísimo porvenir. Como Cirio Escalante, Raymond Radiguet murió a los veintitrés años. Compuso dos o tres libros, entre ellos *El baile del conde de Orgel* (novela de técnica divergente, no opuesta a la de Proust), y ahora acaba de publicarse un volumen póstumo de poesías del mismo sutil escritor: *Las mejillas encendidas (Les joues en feu).* Y Raymond Radiguet es un ejemplo que puede ilustrar la fórmula de Gracián. Muchos escritores, en una generación, prosiguen escribiendo libros, tratando de hacer adelantar a la literatura: pocos, poquísimos son los que, en realidad, la hacen adelantar. ¿Nos equivocaremos si aseguramos que el autor de *Las mejillas encendidas*—tan original y delicado poeta—la hubiera hecho adelantar, en efecto? La obra de este poeta y novelista contribuye—con las de otros varios ingenios—a señalar una etapa nueva en el arte.

La vieja retórica se transforma. Una manera nueva de decir ha entrado en la literatura. Dicen que en el teatro, según la frase de un crítico, «el reinado del hecho concreto ha concluído». Si esto fuera verdad, volveríamos a la estética de *La vida es sueño,* de Calderón; pero—oígalo mi amigo Eugenio d'Ors—a *La vida es sueño,* auto sacramental, no al drama que leemos corrientemente y vemos representar.

Artículo esencial, a nuestro entender, de la nueva ténica, es la *supresión de las transiciones.* En los libros de Raymond Radiguet citados, y mejor en las poesías que en la prosa, se puede estudiar este capítulo de la nueva retórica. La supresión de las transiciones forma la base del nuevo arte de escribir. Pero no se engañen en España los escritores jóvenes: la empresa es ardua, dificilísima. Góngora no llegó del primer salto a la supresión de las transiciones. Se requieren para esta operación tres condiciones esenciales, indispensables: primera, sensibilidad de artista; segunda, propensión natural a la condensación; tercera, dominio del instrumento con que se ha de verificar la delicada y complicadísima operación; es decir, del idioma. Piensen, piensen en ello los innovadores jóvenes de la técnica, en la poesía y en la novela.

Me permitirá el lector que copie un juicio sobre Rubén Darío. El juicio es excesivamente duro: pero necesito copiarlo. Dice así: «El tal Rubén Darío no es más que un versificador sin jugo propio, como hay ciento, que tiene el *tic* de la imitación, y además escribe, por falta de estudio o sobra de presunción, sin respeto de la gramática ni de la lógica, y nunca dice nada entre dos platos. Eso es Rubén Darío, en castellano viejo».

Demasiado viejo. ¿De quién será este definitivo y terrible juicio? En él no queda ni el más ligero resquicio para la esperanza. ¿De quién será esta condenación inapelable? ¿De un crítico mezquino, intolerante, estulto? No, no, querido lector. De una de las más claras y bellas mentalidades españolas. De Leopoldo Alas

*(Clarín).* Y puede leerse en el *Madrid Cómico* de 23 de diciembre de 1893, página 6. Y todavía en el mismo *Madrid Cómico* del 20 de enero de 1894, página 42, *Clarín* se indigna de que Núñez de Arce se quiera retirar de las letras, y le pregunta sarcásticamente si piensa dejar por heredero... a Rubén Darío.

En 1893, el gran poeta no había realizado todavía lo más importante y trascendental de su obra. Debiera parecer esto una eximente—o, por lo menos, una atenuante—para el acto de *Clarín.* Rubén Darío en 1893 comenzaba a ser Rubén Darío. No lo ha sido por completo hasta veinte años más tarde. Pero si la crítica—y la crítica inteligente encarnada en *Clarín*—no adivina el valor naciente, ¿para qué servirá la crítica? Cuando el valor ahora en cierne esté aceptado, celebrado y aplaudido por todos, ¿para qué el artista necesitará el crítico? Quedará al crítico otra tarea: la de explicar la obra, pero la empresa más noble—y grata—de la crítica, la de imponer lo nuevo que repugna el público grande, habrá quedado sin realizar.

El caso de *Clarín* y Rubén Darío debe servirnos de lección a los que pertenecemos a una generación pasada. Procedamos con tiento frente al hecho literario sin precedentes. Entre todos los que *prosiguen y no adelantan,* algunos hay que realmente *adelantan.* Sepamos quiénes son.

AZORÍN

*(A B C,* Madrid).

# El asesinato de un pueblo

AYUDANDO el crimen de España, el imperialismo francés está asesinando brutalmente a un pueblo ante la impasibilidad del mundo. La civilización cristiana asiste indiferente a uno de los más inauditos hechos de la delincuencia de los imperialismos europeos en los últimos tiempos. El militarismo francés ha desalojado el Rhur para invadir el Riff. No se trata sino de un cambio de frente y de una nueva dirección del ataque hacia un pueblo más indefenso que la Alemania de la post-guerra. Francia—la gloriosa Francia de la Libertad y del Derecho—procede con igual brutalidad y con igual injusticia que los ejércitos del kaiser invadiendo Bélgica. Pero la invasión de Bélgica levantó un grito de horror en el mundo porque era un país *civilizado.* La invasión de Marruecos no despierta la protesta de nadie porque se trata de un país *bárbaro.* Idéntico dolor el del pueblo belga al del pueblo moro. Pero para la moral capitalista, convenía horrorizarse ante la invasión de Bélgica y conviene callar ante la invasión de Marruecos.

Por largos años el corrompido militarismo de España ha tratado de galvanizarse con una guerra de conquista que creyó fácil. Miles de miles de hombres jóvenes del pueblo español son inmolados todos los días en esta criminal aventura. La dictadura de Primo de Rivera quiso también fortalecerse a costa del asesinato de los moros. Pero la resistencia fiera y heroica de un pueblo que defiende su suelo y su libertad, ha hecho retroceder a los gloriosos y cristianos ejércitos de España.

Ahora, Francia entra en la lucha, El ejército más fuerte del mundo se lanza contra un puñado de hombres y usa con ellos de todos los métodos diabólicos de destrucción. Ninguna guerra de defensa más justa ni más desigual. No hay conciencia superior que no se sacuda ante la epopeya de Abd-El-Krim y de su pueblo. Romain Rolland, pacifista absoluto, me hablaba hace algunas semanas de Abd-El-Krim sin ocultar en sus palabras cierto temblor admirativo. Sin embargo, ¡qué tragico es el silencio del mundo ante esta lucha desesperada y terrible! Para baldón de la intelectualidad española quedará siempre el recuerdo de su vergonzosa actitud de cómplices en la guerra de Marruecos. Resulta imperdonable que figuras tan bien envueltas en fama internacional no hayan lanzado un grito que repercuta en el mundo, acusando directamente el asesinato de Marruecos y llamándolo así: asesinato. Algunos se han limitado a simples insinuaciones cobardes, pero la mayoría, la gran mayoría de los representantes de la cultura española, que pretenden la soberanía espiritual de América, han callado y han callado por miedo.

En Francia Barbusse y el grupo Clarté han dicho y han hecho. Los comunistas franceses han desarrollado contra la guerra de Marruecos una de sus mejores campañas sino la mejor. Pero la gran masa, adormecida por la prensa capitalista y por la prensa seudo socialista, no ha resistido a la imposición de la guerra. Y la guerra continúa.

Para cohonestar su delito la prensa francesa habla de la ayuda rusa o de la ayuda alemana a los moros. Los españoles hablaban de la ayuda inglesa. ¿Quién ayuda por fin? ¿Los ingleses, los alemanes y los rusos juntos? ¿Cabe un contubernio tal? Con esta campaña de mentiras las gentes piensan lo que Francia y España quieren que piensen para justificarse: «los moros están bien defendidos y detrás de ellos está o Alemania, o Inglaterra o Rusia». Para la mentalidad de la masa el razonamiento es incontrovertible. Se trata de un razonamiento burgués y ser burgués es pensar bajamente, según Gustavo Flaubert.

El imperialismo yanqui ha puesto también su mano traidora en esta lucha. Numerosos aviadores norteamericanos se han ofrecido voluntariamente para servir en los ejércitos de Francia y España y «hacer práctica». Los aviadores yanquis quieren saber cómo se mata indígenas en un país montañoso férvidamente defendido. A los yanquis no les interesa saber—porque lo practicaron con los pieles rojas—cómo se mata indígenas en llanos: México y todos los países inmediátamente codiciables de nuestra América son montañosos. Por eso «quieren hacer práctica». Cuando el generalísimo Pershing fué vergonzosamente puesto en fuga por Pancho Villa, habría deseado una veintena de aviadores yanquis con «mucha práctica» para exterminar a los mexicanos defendidos por su coraje y por sus sierras.

Pero ahí está Marruecos como un símbolo. Es el Plata ante la invasión inglesa; es el Perú y Chile ante la invasión española; es México ante la invasión francesa; es Cuba, Centro América, Panamá y Santo Domingo ante la invasión yanqui. Marruecos no es más que una repetición de nuestro pasado y un anuncio de nuestro porvenir. La grandeza de Bolívar, de Hidalgo, de Martí, de San Martín, la grandeza de nuestros próceres ¿puede negarse a Abd-El-Krim, campeón de su pueblo? ¿Podemos garantizar para el futuro de nuestra América que la codicia conquistadora, siempre en avance, del imperialismo yanqui, no nos obligará un día a defendernos como Abd-El-Krim y su pueblo se defienden del imperialismo francés? ¿No han sonado ya los cañones de Yanquilandia en las playas de México, en las de Santo Domingo y Centro América exterminando hombres, mujeres y niños? ¿Qué diferencia entre los moros y nosotros: en el pasado luchando contra España y en el porvenir contra el imperialismo yanqui?

Vale pensarlo. No pediremos que lo piense la burguesía y su prensa «grande» en nuestra América, porque

ellas piensan «bajamente». Pero las vanguardias porveniristas, los hombres de izquierda, los intelectuales que no sean carne de venta, los obreros, los estudiantes, tenemos, todos este deber. La América Latina joven, y anteimperialista debe protestar, más allá de los simples artículos de prensa gremial o de los discursos de mitin cerrado. Debe coordinar una vasta protesta continental. Si las masas no han visto aún la significación histórica de Marruecos, hay que descubrirlo en toda su realidad. Y debe protestarse hasta que se oiga en Europa nuestro clamor.

Cuando «la criminal Alemania invadía la santa Francia», por las calles de nuestras ciudades desfilaban las multitudes ingenuas pidiendo armas para exterminar al «demonio germánico»...

Pero el Derecho, la Justicia y la Libertad no las defendía Francia entonces. El Derecho, a vivir, la Libertad de su pueblo, la Justicia de su tierra invadida sanguinariamente, he ahí lo que defienden los moros, ante la impasibilidad de las burguesías del mundo civilizado y cristiano...

HAYA DE LA TORRE

Londres, setiembre de 1925.

# La postrer amiga

SE lo había llevado una *leva* bruscamente, en nombre de la patria; y el indio lleno de años se quedó, en un rincón de la cabaña, masticando la coca de las tardes tristes, sin protestar, sin sollozar tampoco, anonadado. La *leva* consiste en dos oficiales a caballo que se llevan al «voluntario» a gritos, sin escuchar las súplicas de los padres viejos. Hubieran debido escucharlas esta vez, pues Quispicanchi no tenía en el mundo otro valedor. Su hijo, aquel mocetón de veinte años, le ayudaba a cultivar el *chuño* en el vecino andén de la montaña, a salar el carnero para el *charqui* de invierno y a tocar con él la flauta de siete carrizos desiguales. Cuando Mama Luna dejaba el rastro de su sandalia en las nieves, exhalaban ambos en sus *quenas* un quejido de cuatro siglos, monótono y como congelado en el frío de las altas latitudes.

A pie, con las manos atadas a la espalda, se llevaron esta mañana al nuevo recluta al cuartel de Lima, en donde aprendería a ser peruano; es decir, que se avergonzaría pronto de aquel padre hirsuto que vivía entre animales familiares, chachando coca.

El viejo Quispicanchi removió las cenizas de *taquia* (estiercol de llama) para hacer en el agujero de la choza el inventario de su caudal: cincuenta soles de plata arropados en una bolsa de lana de vicuña. Y después de encerrar en el galpón a su llama única, bajó a escape los pretiles de aquella sierra cortada a pico en el cuarzo milenario.

En la calle central del poblado vecino, llamó primero a la puerta del escribano. Era éste un mestizo verboso y marrullero que, habiendo estudiado leyes en la Universidad de la República, conocía ya el arte melancólico de explotar a su raza. En quechua y en castellano, con el suspiro entrecortado y la cantora voz con que se expresan habitualmente los indios, Quispicanchi explicó su cuita:

—Se llevando, pues, al guagua. Yo riclamando, taita.

«Riclamando, pues», al hijo que era el apoyo de su vejez. El escribano sabía bien cómo se opera en casos semejantes. Con letra oronda y rasgos pertinentes, empezó a escribir frases de lindo corte, sobre ese papel sellado que hace temblar a los indios, pues significa—¡tantas veces!—el despojo en nombre de la ley: «El infrascrito Quispicanchi, ciudadano peruano, inteligente en el idioma castellano, ante V. S., con el debido respeto, me presento y digo...»

Era preciso firmar al cabo del largo documento. El indio no sabía. Entonces, llevándole la mano torpe—sólo muy hábil y levísima sobre los agujeros de la flauta peruana—le hicieron trazar un vago rasgo. Hubo de pagar, antes de salir, algunos soles de plata.

En la puerta, el indio, vacilante, pareció consultar el cielo y los altos cóndores que remaban hacia el Poniente.

—Buenos días, taita, dijo al ver pasar al señor cura en un caballo gigantesco con pretal y tranqueras de cuero negro claveteados de plata. Se fué siguiéndole en silencio, con ese paso trotón de los indios que suben cuestas y calvarios sin fatigarse. Cuando el taita se apeó en la puerta del curato, Quispicanchi hincó la rodilla en tierra y le besó la diestra.

—Si llivando, taita, al guagua. Yo riclamando, pues...

El cura sonrió distraídamente. Redondo, patriarcal, harto de bienes terrenales—cafetales, carneros, etc.—don Fulgencio era el sumo personaje del valle. Gobernaba a caballo bebiendo chicha y aguardiente más sabroso que insípido vinillo de misas. Al saber que se habían llevado al hijo de Quispicanchi alzó los hombros. ¡Qué podía hacerse ya! Además, lo reclama la patria y no debemos omitir sacrificio alguno en pro de los altos intereses nacionales... El indio viejo comprendía apenas estas palabras redondas y pulidas como las piedras del torrente, que también grita en la noche cosas obscuras y maléficas. Sin replicar buscó dinero en su alcancía de lana para un cirio de iglesia. Quizá la Virgen escucharía esta demanda de un padre anciano que ya no podía recoger el chuño de las cosechas ni salar el carnero para el invierno. Dos soles de plata valía el lindo y alto cirio con chorreras de oro y arabescos de cera rosa, un cirio capaz de enternecer al santo más remiso. Sólo que le inquietaba al indio el rostro de esta Virgen de negras cejas, desfalleciente en su nicho, como empalidecida por tantas súplicas.

Al prender la nueva flama, Quispicanchi vió con terror veinte cirios más. ¡Sin duda la leva hacía estragos en los alrededores!

¡Ah, si la Virgen fuese un poco más criolla, cómo la hubiera imprecado y amado! Pero aquel rostro de infanta española, el anticuado velludo del manto con sus guayruros y sus abalorios, la cabellera tan sedeña, nada inspiraba confianza a Quispicanchi. Ante una Virgen india que hubiera concebido con pecado, ¡cuántas cosas supiera prometer! En la puerta de la capilla contó los soles que le quedaban y se fué a casa del brujo.

El brujo era indio como él, sabía el quecha y la lengua de las aves de rapiña y el grito de la Alpaca celeste cuando el Zorro estelar la persigue en las noches heladas. Pero quince años de aguardiente le mantenían en un erizado sopor de sibila. Apenas hubo escuchado la súplica y recaudado el precio de la consulta, añadió algunas hojas de coca al bollo de cal que masticaba interminablemente, escupió con respeto hacia los cuatro puntos cardinales y se quedó averiguando si los cóndores viraban en redondo sobre la más vieja *huaca* del valle. En vano Quispicanchi quiso explicar su congoja, contar minuciosamente cómo vinieron los militares a despertar al hijo a puntapiés y con un «arza» conminatorio y sin réplica respondían al lamento del viejo despavorido. Después se fueron canturreando una tonada de marinera. «Yo riclamando, pues»...

El brujo se rascó las liendres del cabello que nunca había peinado, y con un gesto de la mano afilada como pata de gallo muerto, quiso explicar que los indios no podían reclamar nada con éxito, desde que el mismo Hui-

racocha los habia abandonado a su mala fortuna. Conjurar, eso sí es posible; conjurar el mal de ojo, el amor desvaído, las artimañas de Supay el diablo, lo que está fuera del alcance y la voluntad de los hombres blancos.

Lo demás, ¡paciencia! Quispicanchi no dijo nada y regresó a su choza de la montaña seguido por la luna menguante.

Por primera vez no pudo tocar su flauta y la dejó en el huaco negro. Se había pasado la vida hablando apenas como todos los indios; pero, ahora, bruscamente, sentía deseos imperiosos de contar el episodio de esta mañana, su imposibilidad de seguir viviendo, la injusticia, la soledad impuesta, todo el exceso de horror y de cólera que le temblaba en la boca martirizada. Ni el escribano, ni el cura, ni el brujo habían querido oírle.

Un grito ronco de la llama en el galpón vecino pareció despertarle. Soñaba la linda bestia en desvelo, sacudiendo el hinchado vellón con un calofrío de fiebre. ¡Quispicanchi fué a verla, se sentó por tierra frente a ella a usanza india y quedaron así frente a frente, mirándose.

—Si lo llivando, pues, al guagua.

¿Comprendió acaso la llama? En todo caso, como los perros familiares, adivinaba la congoja del amo, y la suave cabeza inteligente se tornó grávida en sus manos.

Entregando la frente en el poncho de Quispicanchi, entrecerraba los ojos con un rezongo breve y gutural, como una queja de enamorada. Entonces el indio se decidió a contarle todo en su desportillado lenguaje castellano:

—Pegando, no más, pobre indio; llivando, pues, guagua. Yo gritando: Manan taita, perdón...

La llama estiraba el largo cuello con atención humana y de vez en cuando sacudía su esquila de plata como para puntuar el relato del indio viejo con un sollozo de connivencia.

VENTURA GARCÍA CALDERÓN

(*Caras y Caretas*, Buenos Aires).

# La creación de un Estado

El antiguo reino de Bohemia tenía fama de poseer las mejores escuelas, las mejores imprentas y la mejor música del mundo. Ese país, de tan fina cultura en los comienzos de la Edad Moderna, perdió, como es sabido, su independencia nacional hace tres siglos, después de la batalla de la Montaña Blanca. Durante estas tres centurias vivió dominado, casi a título de pueblo inferior, bajo el Imperio austro-húngaro. La guerra europea, al soltar las piezas del forzado mosaico del viejo Imperio, ha devuelto la libertad a aquel pueblo histórico, cuyas tres provincias: Bohemia, Moravia y Silesia, unidas a las campiñas eslovacas y al territorio de la Rusia Surcarpática, resucitan con el nombre de Checo-Eslovaquia. «Nosotros, nación Checo-Eslovaca...», comienza diciendo la Constitución de la República, votada en 1920.

Desde Praga, la capital de esa nación, vieja y nueva, escribimos ahora estas cuartillas. Lo que tenemos aquí, ante los ojos, es la más interesante experiencia política que se haya realizado en los tiempos modernos. Se trata, nada menos, que de la creación de un Estado. Es una patria antigua; pero es un Estado absolutamente nuevo. No se han utilizado para construirlo los materiales del derruido Imperio. Ha habido que crearlo todo, que elegirlo y organizarlo todo, desde los cimientos: Constitución, forma de gobierno, sistema político, orden social, régimen económico.

No es, simplemente, el caso de una revolución en un Estado ya existente. No. En ese castillo imperial de los Habsburgo tiene ahora su residencia el presidente Masarky, el profesor demócrata para quien la jefatura de la República sigue siendo una obra de educación; el venerable filósofo, que no ha querido jamás separar la moral de la política. Pero lo que bajo su autoridad se ha realizado en un quinquenio no es un cambio de régimen, sino la fundación de un Estado nuevo en el corazón de Europa.

Experiencia interesante, sin duda. ¿Cómo va a ser ese nuevo Estado? Ahora se habla constantemente acerca de la evolución política del mundo. Discútese en todas partes, una y otra vez, qué ideas son las que hoy vienen con un cariz de verdadera modernidad, y cuáles son las que, por el contrario, se hallan en crisis o están ya francamente pasadas de moda. Pues bien... ¿No será en este sentido muy importante conocer cómo se ha constituido el más moderno de los Estados, dirigido por pensadores y profesores como Masarky o Benes; formado por un pueblo cultísimo—pues entre los obreros no llega apenas al uno por ciento el número de analfabetos—y situado en el centro del Continente europeo, punto de confluencia de diversas corrientes de civilización?

El nuevo Estado de Checo-Eslovaquia es—para caracterizarlo en pocas palabras—en el aspecto político, el más democrático y parlamentario; en el aspecto social, el más socialista; en el aspecto económico, el más avanzado de todos los Estados de Europa.

Otros Estados tienen hoy, circunstancialmente, Gobiernos de izquierda. Checo-Eslovaquia es, en sí misma, un Estado de izquierda. Circunstancialmente, tiene un Gobierno de coalisión, en el que, sin embargo, las izquierdas predominan. El centro de gravedad de esta joven República lo forman los partidos socialistas y la democracia burguesa avanzada, con preponderancia de los primeros. Fuera de ese centro de gravedad quedan, a un extremo, los comunistas; al otro extremo están los católicos.

La Carta Constitucional de Checo-Eslovaquia es esencialmente parlamentaria. Ambas Cámaras, Congreso y Senado, nacen del sufragio universal, igual, individual, directo y secreto. La única diferencia está en que para las elecciones de diputados tienen ya voto los ciudadanos, hombres o mujeres a los veintiún años, y necesitan haber cumplido los veintiséis para tomar parte en las elecciones senatoriales, exigiéndose también mayor edad para ser senador que para sentarse en la otra Cámara.

El Parlamento se halla siempre en funciones. Cuando está cerrado y sus sesiones se han suspendido, o cuando, disuelta una Cámara, va a procederse a nuevas elecciones, subsiste, sin embargo, un Comité permanente de dieciséis diputados y ocho senadores, que, según la Constitución, «toma las medidas urgentes, aun en aquellos casos en que normalmente haría falta una ley, y vigila a los poderes gubernamentales y ejecutivos». El Gobierno está sometido al Parlamento. Un voto de censura le obliga en todo caso, no ya por delicadeza o por costumbre, sino por el artículo 78 de la Constitución, a entregar su dimisión en manos del presidente de la República. Por otra parte, los Tribunales tienen facultad para declarar nulo cualquier decreto ministerial no conforme con las leyes.

Socialmente, pasa con justicia Checo-Eslovaquia por ser el país más progresivo de Europa. Un ministerio, a cuyo frente se halla un socialista, está consagrado a la Previsión social. Las leyes del Trabajo, relativas a los seguros, accidentes, descanso, protección a las mujeres y a los adolescentes, etc., abren el camino de la democratización económica del país. Una ley asegura a los trabajadores mineros el 10 por 100 de los bene-

ficios de la explotación. Otra ley organiza la institución de los Consejos obreros en las fábricas y talleres.

Pero no son sólo los textos legales, es la vida entera del Estado la que, se adapta a un concepto avanzado de la Justicia y del bien general. Los niños de las diversas clases sociales concurren juntos a las mismas escuelas públicas de Praga. En los viejos palacios aristocráticos están instalados hoy los servicios nacionales. Todavía no hemos visto en Praga un mendigo; todavía no hemos visto tampoco un coche de lujo, un lacayo fastuoso, un tren de casa grande. Esta República, como la de Platón, considera que sus dos mayores enemigos son la opulencia y la miseria.

La reforma agraria, haciendo desaparecer los latifundios, ha puesto fin al feudalismo económico de la antigua nobleza territorial. Entre un centenar y medio de familias se repartían la tercera parte del suelo de Bohemia. Un millar de individuos poseían más de la tercera parte de la tierra eslovaca. Media Silesia pertenecía a unos cuantos propietarios. Señor había que era dueño de pueblos enteros y que tenía enclavadas en sus fincas varias estaciones de ferrocarril. La ley autorizó al Poder público para expropiar, mediante indemnización moderada, toda propiedad mayor de un cierto número de hectáreas, y parcelarla y repartirla entre los trabajadores que quisieran cultivarla, a los que, además, se les anticipaban los medios económicos necesarios. Legislación radical, por lo que tiene de expropiación. Legislación, en cierto modo, conservadora, porque ha creado una muchedumbre de pequeños propietarios.

Para la Constitución checo-eslovaca la propiedad no es un principio superior a la ley, y que la ley deba sólo proteger y regular, como, por ejemplo, la libertad individual, el matrimonio, la maternidad, la ciencia, el derecho de asociación, la libertad de conciencia, etc., que son principios explícitamente garantidos en el texto de esa Constitución. Para ella, en cambio, la propiedad, a pesar de su importancia, no es superior a la ley; la ley es superior a la propiedad. «La propiedad privada — dice el artículo 109—no puede ser limitada más que por una ley. La expropiación no es posible sino en virtud de una ley mediante indemnización, a menos que una ley no establezca, actualmente o para el porvenir, que la indemnización no debe ser concedida».

Tal es, en algunas de sus principales líneas, la arquitectura de este nuevo Estado. Construcción muy avanzada, muy atrevida. Hasta ahora, sin embargo, ha sabido esta República vivir en paz, en buen orden y en constante progreso material e intelectual. Y, para el porvenir, cabe poner fundadas esperanzas en este pueblo, cuya ideología se aproxima hoy a la de Francia o de Inglaterra; cuya industria se ha asimilado la perfección técnica de los germanos, y cuyo espíritu, no obstante, conserva aquella «vida interior», contemplativa y soñadora, propia de la raza eslava.

Luis de Zulueta

(*La Libertad*, Madrid).

**Los artículos que no lleven indicación de donde se han tomado, deben considerarse como envío directo de sus autores a este semanario.**

# La gesta de la campana

*Sólo el espíritu de Bolívar es capaz de hacer la unidad de la América Hispana, auxiliado del vínculo espiritual que nos legó España en la lengua de Cervantes..*

C. L. S.

A la Escuela República Argentina
A don Joaquín García Monge, maestro de hispanoamericanismo.
Cordialmente.

De las viejas leyendas desempolvo esta historia
por la que pasa un soplo de heroísmo y de gloria;
un soplo de las gestas hispanas, de poesía
que en el romance antiguo sonora florecía
y que hoy, al revestirse como chorro de fuente,
canta en la nueva gesta, la fuerza permanente
que subyace en el alma de la raza latina
y hace que siempre pronta responda a la divina
sugestión de una espada, si Tizona se llama,
y en amor de Justicia y Libertad se inflama!
Fuerza que al viento heroico, tal como viva hoguera,
enciende sus destinos, y es una selva entera
de llamas! ¡Oh, los bravos soldados que subían
por los Andes adustos en los épicos días!

* *

Comienza la leyenda con voz de romancero,
y en mí sea el milagro del antiguo trovero
o el milagro moderno, ¡salve Rubén Darío!,
que cantara el prodigio de caridad del Mío
Cid Campeador, y el salmo potente de la Raza,
que habla la misma lengua, vive en la misma casa,
y que bajo el amparo de la Gran Cruz de Estrellas,
sobre los nuevos siglos, se alza potente y bella!

* *

Era empresa de hidalgos y como tal, empresa
en que justó el orgullo, la gloria y la nobleza:
¿a qué decir que ilustran la progenie latina?
—todos son españoles—eso ya se adivina.
Para encarnar el alma de la Ciudad Cristiana,
se fundían los metales de una enorme campana,
en cuya voz potente la Raza cantaría,
con repiques de gloria, sus himnos de alegría:
campana que tuviera en su metal sonoro,
acero de las picas y de las joyas de oro.
Que al esparcir sus voces, previniendo la aurora,
fueran sus notas una bandada de sonoras
alondras de cristal, que en el umbral del día
trajeran de los cielos su celeste armonía!

* *

Se fundían los metales al calor de las llamas
que circuían los crisoles en luminosas gamas;
y aquel hervor inmenso que los siglos llenaba,
ponía espanto en los ojos del que lo contemplaba,
un Hércules desnudo,—quizá el Tiempo, el Destino—,
que atizaba la hoguera, donde ardían los pinos,
las caobas y los cedros enteros, cuyo calor potente
convertía los metales en rojo mar hirviente!...
Los siglos lo miraban estupefactos, mudos;
y el Fundidor hercúleo disponía, fiero y rudo,
la sagrada tarea; cada vez fué la hoguera
elevando sus llamas más y más; se dijera
que el mundo entero ardía o que salía la aurora.
Pero sólo aquel fuego purificante y puro,
purgaría los metales de lo bajo y lo oscuro,
y daría a la campana su inmensa alma sonora!

Llegaron los hidalgos, rivales en nobleza;
allí la barba luenga, la aguileña cabeza,
la espada bien ceñida, la lanza y el broquel;
temblando en los chambergos la pluma retadora,
la trintrinante espuela que oyó la gente mora,
acompasando el ritmo marcial que marca el pie;
dorándose en los pechos las condecoraciones
que ilustran de los nobles las heroicas acciones:
éste rindió un imperio; aquél, llegó hasta el sol,
y este Manco le dicta leyes al español!

Salúdanse corteses; es flor la cortesía
en las hidalgas gentes; se dan los buenos días,
y acariciando el puño de sus fieles espadas,
o replegando el ala de sus capas aladas,
mudos miran la hoguera que el Forjador agita,
y un infierno de chispas sobre ellos precipita,
que en círculos ardientes, cual de piedras preciosas,
y en redes los envuelven de luces misteriosas!

El Fundidor les dice: El metal ya está presto,
haced que vuestros dones no le sean funestos;
la dulce alma sonora de la inmensa campana,
llenará con sus voces la aurora de un mañana
que gestáis en esta hora: fundid en sus metales
vuestros propios metales: ¡hidalgos, para que seais iguales,
cada uno dará al alma de la campana el son
que vibre en su destino y esté en su corazón,
lanzando al bronce hirviente la prenda más amada,
su vellocino de oro, o la hoja de su espada!

* *

¡Se miran los hidalgos! ¿Cuál ha de ser primero?
¡Y Mío Cid Campeador avanza con su acero;
besa la fiel espada, que se nombró *Tizona*,
y en el metal hirviente, tranquilo la abandona!

El Cid habló: Oídme lo que el Cid va a decir
a los nobles reunidos que escuchaban al Cid;
«¡En el nombre del Padre, que es todopoderoso,
doy esta hija, Tizona, al metal hervoroso;
contra Reyes y Papas siempre se alzó fulgente,
defendió el solar propio de la morisca gente:
porque en mi diestra libre, siempre anduviera honrada
las huestes me llamaron «el que bien ciñió espada!»
¡Que su metal fundido y hecho metal sonoro,
le recuerde al hispano la conquista del moro;
y como es preferible morir en nuestra casa,
que soportar el yugo de una extranjera raza!
¡Que su metal sonoro le recuerde a los Reyes,
que sobre sus cabezas la justicia dá leyes;
y que el vasallo puede volverle a su señor
una ciudad perdida y con ella el honor!»

«¡Bien has hablado ¡oh noble Mío Cid el Campeador!»
dijo tal otro hidalgo, que en su férrea armadura
encerraba su talla de extremada magrura.
Y avanzando resuelto echó en la fundición
un yelmo ya oxidado y el fierro de un lanzón.

Este era don Quijote: Bien oiréis lo que habló,
mientras Mío Cid mezaba su luenga barba en flor:
«¡Tenga de mí estas prendas la campana sonora,

con ellas va mi ensueño, va también mi esperanza
y el ideal peregrino que motivó mi andanza!
Que cuando cante, cante en su lengua canora,
la gloria del que lleva por los largos caminos,
coronando el arnés el yelmo de Mambrino;
la gloria del que ataja por senderos inciertos,
amparando doncellas y desfaciendo entuertos!
La gloria del que viaja y encarnando una idea
y es caballero andante de amor por Dulcinea!
Y en su alma quede presa, de la caballería,
el alma luminosa, flor de acción y poesía!
¡El fierro de mi lanza pondrá en su vibración
el ensueño de gloria que me ha dado razón!

* *

Miraba don Quijote a un hidalgo sonriente
que de arrugas, tenía muy surcada la frente,
y con gesto solemne exclamó de repente:
«¡Debiste precederme! Señores, don Miguel
de Cervantes Saavedra, entre nosotros se halla!
Sonríe bondadoso, pero yo sé que ante El,
toda pluma se rompe, toda lengua se calla!»
Cervantes así dijo: «Proseguid don Quijote,
y dejad que mi vena por tus palabras brote.
Yo ofrendaría la espada, no poseo otra cosa
ya que es la única gloria de mi vida achacosa!
Yo ofrendaría la mano que perdiera en Lepanto,
el metal de mi risa o el oro de mi llanto!».
«Las armas y las letras honraste por igual,
la espada de Lepanto, fundid, Manco Inmortal!»,
exclamó don Quijote y continuó exaltado:
«¡Don Miguel de Cervantes, Jefe de los hispanos,
forjaste con tu verbo los destinos arcanos
de todos los que hablamos en lengua de Castilla,
y al idioma sonoro que es gracia y maravilla
le diste la armonía y el oceánico acervo!
En el principio fuiste ¡oh Cervantes, el Verbo.
Si la sangre gloriosa del de Vivar se agita
en las gentes hispanas y en sus pechos palpita,
y por ella sentimos hálitos de epopeya,
tú nos diste la lengua, pura, graciosa y bella,
que desbordó de Iberia, remozó en nuevos vasos
y fué delirio y alma que habló en el Chimborazo!...»

Callaba don Quijote: Cervantes sonreía...
¿Dolor, ironía, orgullo, qué en su sonrisa había?

Se destacó del grupo otro hidalgo: iba envuelto
en su lujosa capa; con gesto desenvuelto
arrancó de su pecho la Cruz, que condecora
el Ingenio del Fénix que renace en las horas,
y al torbellino hirviente orgulloso la arroja.
¡La llama de la hoguera fulge entonces más roja!
Cervantes, lo miraba con gran gesto de asombro:
¡el hidalgo alcanzaba con la cabeza a su hombro!
«Que tenga esta campana la voz de la poesía,
el genio de mi tierra que es toda fantasía,
que en su metal se fundan, espada, flor, estrella,
amor, galantería, romance y epopeya.
Que entre sus voces fluya cual manatial sonoro
mi verso que celebra la hazaña y el decoro!»
Esto dijo el hidalgo: El hidalgo era el gran
Lope de Vega Carpio, de la Orden de San Juan.
Se acercó don Quijote con aire cortesano
al gran Lope de Vega y le besó la mano.
«Beso esta mano ilustre que realzara ella sola,
el genio de mi raza en la escena española:
esta mano que rige la espada y el soneto,
prendas del caballero que es galante y discreto!
Tus millones de ritmos le darán al metal
de esta campana, el tono de su voz musical,
¡sugestión melodiosa, por cuya hechicería
fresca estará en la raza la flor de la poesía!»

(Aplauden al Quijote con grave aprobación,
Calderón de la Barca, y Tirso, y Alarcón!)

## Bolívar

Se oyó un galope rudo, tumbar, como un gran trueno;
los Caballeros miran al horizonte; pleno
de bríos, tempestuoso, avanzaba un corcel,
y Bolívar venía caballero sobre él.
Como una ala de cóndor la capa le aletea
y la espada le brilla cual si fuese una idea.
«¿Es Amadís de Gaula que torna de una hazaña?»
pregunta don Quijote, alzando la visera:
y Mio Cid santiguando su faz adusta y fiera,
contesta: «¡He aquí a Santiago, patrón de toda España!»

Bolívar llega; para de un seco golpe el potro:
se desmonta de un salto; tintinean sus medallas,
y con gesto de mando que subyuga a los otros
Caballeros, avanza muy cerca de la hornalla,
tanto, que su gran capa roza el metal hirviente
y las llamas parece que le queman la frente;
¡una frente montuosa con resplandores rojos
bajo la cual deliran ralampagueantes ojos!
Desciñe de su cinto la espada que aprisiona—,
el Cid cree ver en ella la gloria de Tizona—,
y antes de que la sume al borbotar sonoro
de los bronces fundidos, cual si consigo mismo
hablase, ebrio de ensueño y sombrío de abismo—,
dice así con voz grave al sorprendido coro:
«Soy retoño del vasco: de la Iberia potente
por mis venas circula, generosa e hirviente
la sangre de caudillos; ¡sangre de rebeldía,
impulso de la vida que es lucha y alegría!
¡Mi vida es esta espada! ¡Yo la alcé contra España
y tajé la cabeza de su orgullo y su saña!»

¡Se estremece el Quijote bravo como un león;
bajo el peto de hierro pugna su corazón!

«Contra todos los pueblos de la tierra la alzara
si todos se opusieran contra el destino para
impedir que mi cóndor de los Andes altivos
desplegara sus alas y ascendiera hacia el sol!
¡A España le di almas, donde tenía cautivos!
¡Yo renuevo la gesta del solar español!»

Don Quijote prorrumpe: «¡Oh genial Caballero,
funde en estos metales la gloria de tu acero!

«¡Alma de Hispanoamérica, yo te ofrendo mi espada!
¡Ella trazó en los tiempos tu destino! ¡Encantada
y ardiente como el alma mía! ¡Yo te la entrego
purgada en mis dolores como dantesco fuego!
¡Que su temple de acero dé cohesión a tus razas,
ya que sangres distintas se mezclan en tus casas.
Que el ideal de Justicia que te confió el destino,
haga de ti el símbolo, vencedor y divino,
que una todos los pueblos de la América Mía,
en una sola fuerza de Ideal y de armonía!
De armonía en la Justicia y en la eterna verdad
de las naciones fuertes, que aman la Libertad!»

¡Así dijo Bolívar y al metal tumultuoso,
abandonó su espada con un gesto glorioso!

* *

Luego, desfilan muchos andantes caballeros
del ideal, y a la hornalla, van dando sus aceros:
todos son españoles e hispanoamericanos.
y hablan la dulce lengua del solar castellano.
¡Cada uno lleva una hoja del Arbol de la Gloria,
que a la Raza Latina, le da sombra en la Historia¡

Cuando el último pasa—último que es primero—
el Fundidor terrible, exclama: «¡Caballeros,
hace falta más oro! El metal de la gesta
al bronce y al acero sonoridad les presta!»
Se miran uno a otro, todos los caballeros.
¡Ya todos dieron su oro, su plata o sus aceros!
Bolívar echa al punto su puñal con un beso,
que bajo su casaca llevaba de amor preso!
¡El Fundidor, espera! ¿Quién ha de dar el oro
que falta, si ya todos donaron sus tesoros?

En ese mismo instante se acercan dos literas;
recios indios mancebos de negras cabelleras
las portan: sus tocados de gárrulos plumajes,
dan a sus caras sombras bravías y salvajes.
Se detienen y bajan, graves y majestuosos,
dos caciques: Mío Cid, al mirarlos, exclama:
«¡Moctezuma! ¡Atahualpa! Monarcas de la llama,
Hijos del Sol, que un día, tras la conquista fiera,
con mi sangre mezclásteis vuestra sangre. ¡Si ardiera
de nuevo en pleno día el astro del Destino,
este sería el momento de marcarle el camino
a todo un Continente!».
Atahualpa, brillante
como un bronce pulido; avanzó, su semblante
estaba iluminado con luz celeste. Dijo:
«Siento que en mí aletea profundo regocijo!
¡Distingo entre los bronces hirvientes mis tesoros;
oro de mis montañas trajeron los galeones!
¡El alma de la Raza tendrá el nativo lloro
de mi quena angustiada que desmaya sus sones!
¿Hace falta más oro? Os lo doy, castellanos»;
y llenándose de oro el hueco de sus manos,
derramó el don precioso sobre el metal bullente!
¡Y luego, en su litera se alejó lentamente!...

* *

Con porte majestuoso, bajo su manto real,
Moctezuma adelanta: la pluma del Quetzal
tiembla sobre su frente decorando el plumaje
tropical; los collares, motean de oro las pieles
adornadas con bordes de plateados caireles!
Moctezuma desprende de su pecho las reales
insignias del Imperio de águilas y nopales,
y, cual árbol que deja caer lluvia de flores,
las prodiga a la hornalla y dice: «¡Mis dolores
son los de la vieja raza sacerdotal, domada
por los Conquistadores al filo de la espada.
Del dolor de esta raza nació la rebeldía
y así corrió a lo largo de los Andes, el día
que anunció la campana de Hidalgo nueva aurora,
y en todo el continente vibró su voz sonora!
¡Oh manes de América! Oh Padre Sol, contesta:
¿de la América Hispana ya ha concluido la gesta?»

Y Bolívar contesta: «¡Yo le dí Libertad
y mi espíritu alienta para darle Unidad!»

* *

De las viejas leyendas de heroísmo y de gloria,
con voz de romancero, se ha forjado esta historia:
la Campana es la Gesta de la América Hispana;
la Campana es el símbolo que a todos nos hermana.
¿Quién no escuchó en sus sones la voz del romancero,
la risa de Cervantes, el timbre del acero,
el ruido musical de los raudos corceles
de la ilímite pampa, el fragor de broqueles,
a Córdoba que grita: ¡Paso de Vencedores!
y el Verbo de Bolívar que asombra a los condores?

¡Alma de Hispano-América! que las Voces gloriosas
de todos tus Caudillos, se unan en la armoniosa
voz con que tus Naciones, de Méjico a Argentina
celebren la Epopeya de tu gesta latina!

CARLOS LUIS SÁENZ

San José de Costa Rica,
Julio, Día de Santa Isabel. 1925.

---

# Tablero

## =1925=

### Correspondencia

San José, 23 de setiembre de 1925.

Sr. don Manuel Rodó.
P.

Mi estimado amigo:

Recibí su amable carta y le debo la respuesta. Ahí le va.

Tratándose de un actor de la magnitud y renombre de Ricardo Calvo y de un repertorio tan escogido como el que Ud. anuncia, bien puede reputarse la próxima temporada dramática como un acontecimiento en la historia de la cultura del país. Me alegro mucho, ya hacía falta ver otra cosa en alguno de los teatros. La sociedad costarricense de preferencia, por no decir tan sólo, asiste a dos espectáculos que cada día le hacen más daño: el cine comercial y los toros. Venga, pues, a remediar el mal, por unas horas siquiera, esa compañía de que Ud. me habla.

Deseo que no cobren mucho por las entradas y que no haya reventa de las mismas, a fin de que los pobres podamos asistir una noche al menos. Si fuera Gobierno, contrataría dos o tres funciones para los estudiantes y obreros de la ciudad. El teatro artístico como espectáculo gratuito para el pueblo: ¡he ahí una de las grandes empresas educativas del porvenir!

Que tenga mucho éxito y mande a su amigo y servidor.

J. GARCÍA MONGE

*Nota:* Al editar esta carta el Sr. Rodó, en el *Diario de Costa Rica* del 2 del mes en curso, le hizo, a su modo, algunos arreglos; como puede comprobarlo el que se tome la molestia de cotejar el texto de la que ahora reproduzco, que es copia de la que se le remitió al Sr. Rodó, con el de lo que este caballero hizo sacar en el citado *Diario.*

---

Esta en prensa el *Ensayo sobre el Destino,* de Alberto Masferrer. En las ediciones elegantes del CONVIVIO. Encárguenos el ejemplar que le hace falta; es corta la tirada.

---

Próximo CONVIVIO: La tercera seria de ias *Páginas Escogidas* de Renán, en la fina versión de Cornelio Hispano.

# Palabras

**dichas en la Asamblea del 30 de setiembre de 1925, organizada por la Escuela "Juan Rafael Mora", en San José de Costa Rica**




Toda escuela debiera tener, como ésta lo tiene, el culto especial de alguno de los hombres superiores del país: consagrarse, sin perjuicio del estudio general de la historia patria, a investigar y enaltecer una de esas vidas singulares, a fin de que las enseñanzas que de ella emanen perduren en las generaciones sucesivas.

Hay un interés patriótico en conservar el espíritu genuino de cada pueblo, el cual es, antes quizá que el elemento material del territorio, el que infunde vida perenne a la nacionalidad; y ese interés se llena a pesar de las distintas condiciones en que el tiempo nos coloca, reavivando a menudo la memoria y pronunciando día por día el relieve de sucesos y hombres que fueron brotes naturales de la sociedad en que vivimos y que contribuyeron a dar a ésta fuerza y carácter.

El prócer cuyo nombre ostenta esta escuela como un blasón, es uno de esos ejemplares cuyo estudio ha de ser constante, cuya presencia en el alma de los ciudadanos de hoy y del futuro debe ser cotidiana; menester que maestros y alumnos de este plantel satisfacen con cariño y entusiasmo plausibles. Tan intensa y brillante fué la vida de Mora y tanto se ha dicho y escrito de sus hechos, que es difícil para mí en este momento traeros alguna noción nueva acerca de su excelsa figura. Por eso, y porque vuestros maestros cumplen bien ese deber, no quiero repetir ahora los datos biográficos conocidos, sino detener únicamente vuestra atención en ciertos aspectos de su fecunda existencia.

Aseguran los cronistas que don Juanito, como le llamaban sus contemporáneos en señal de cariño, era afable y afectuoso, inteligente, enérgico y activo; convergían en él, pues, cualidades que parecen contradictorias: trato suave y abierto que le conquistó fácilmente la simpatía general, y acción fuerte y pronta, que le dió éxito estupendo en los negocios y en la vida pública. A los veintiún años escasos, don Juanito fué sometido a dura prueba con la muerte de su padre, don Camilo Mora; la situación económica de su familia era angustiosa y los acreedores urgían el pago de lo debido; nueve hermanos, varios casados y con hijos, tenía el joven Mora. Parecía imposible que tantas necesidades fueran satisfechas a la vez; pero el afán de salvar el decoro de la familia y la memoria querida del padre fallecido, empujó a don Juanito a proponer un arreglo a los acreedores, asumiendo, con la fianza de su padrino don Rafael de Gallegos, el pago de las obligaciones que no alcanzó a cubrir su pequeño, personal patrimonio. Y cumplió con fidelidad su compromiso, pagó todas las deudas y realzó su propia fortuna.

He ahí un gesto de orden privado que revela su afecto filial, pero también su naturaleza heroica, no por los riesgos que corriera su vida, sino por las arduas dificultades de la empresa que tomara en sus manos juveniles; tuvo entonces el valor moral por excelencia, el que construye, el que crea, el que se propone hechos superiores a la realidad de los recursos propios, únicamente alentado por esa fe en que la voluntad humana al servicio del bien es un instrumento tan prodigioso como la lámpara de Aladino.

Cuántos afanes, cómo no estrujaría su cabeza de adolescente para defender el capital poseído y para ingeniar operaciones ventajosas; cómo no sería su sujeción a reglas sobrias, a estrecheces de todo género, el orden y método impuestos en la casa y en el negocio, su diligencia y su conocimiento del medio comercial, para que en pocos años convirtiera lo que era un desastre en floreciente bienestar. Ejerció el comercio y cultivó la tierra. Su finca de Las Pavas le dió en 1848, un año antes de ser nombrado Presidente de la República, cinco mil quintales de café, al mismo tiempo que en sociedad con don Vicente Aguilar exportaba treinta mil sacos del grano de oro a los mercados extranjeros. Viajó por distintos países y estableció relaciones con casas del exterior; alcanzó por el influjo de sus negocios variados y crecientes y por la fuerza sugestiva de sus maneras y su austeridad, gran importancia en el movimiento económico y social del país. Era generoso, ayudando a los demás en sus congojas y estimulándolos en sus empeños de mejoramiento. Y naturalmente, sin violencia alguna, sin que causara sorpresa, su personalidad fué destacándose más y más en el ambiente nacional, considerado por su virtud, admirado por sus éxitos y querido por la llaneza de su trato y por los servicios que prodigaba; miembro de familia acomodada y principal y vinculado con gentes también de peso en la sociedad de entonces, sus prestigios se ensancharon hasta abarcar la esfera política, cuyas cuestiones concebía con prontitud y juzgaba con tino y firmeza. «Mora no había concurrido a las universidrdes ni obtenido títulos académicos,—dice uno de los comentaristas de su vida;—pero tenía un talento claro y una penetración asombrosa. No pronunciaba extensos discursos; pero cuando tomaba la palabra en público, tocaba el corazón de los asuntos con maestría».

Treinta y tres años tenía cuando, en 1847, fué electo Vicepresidente de la República; y la habilidad y rapidez con que actuó en ausencia del Presidente, Doctor don José María Castro, sofocando la rebelión de Alajuela, afirmaron el acierto y justicia de aquel nombramiento. Ya en la Presidencia, por voluntad popular manifestada en 1849, su gestión fué fecunda. En los tiempos tranquilos de su gobierno, llevó a cabo obras de progreso material y espiritual. Dice nuestra *Cartilla Histórica:* «El cultivo del café tomó gran incremento bajo su administración; se construyeron buenos edificios públicos, entre otros el Palacio Nacional de San José, la Universidad de Santo Tomás, la Fábrica de Licores, un teatro (el primero) y se organizó el ejército. Varios tratados importantes fueron concluídos con naciones extranjeras, especialmente uno con España, en 1850, por el cual este país reconoció la independencia de Costa Rica y su calidad de nación soberana». Además, se logró la creación de la Diócesis de San José, dejando fuera de la de León, Nicaragua, nuestros asuntos religiosos. A raíz de una visita hecha a Costa Rica, bajo la impresión fresca del hombre y sus obras, Thomas Francis Meagher decía de Mora: «Magistrado competente, hombre de inteligencia clara y robusta, enérgico e ilustrado, bajo cuya administración Costa Rica ha tenido la suerte de gozar de un progreso social y material que antes no conocía, adquiriendo una sólida reputación nacional que las repúblicas, sus hermanas, debieran esforzarse en alcanzar y merecer». Por cierto que en nota puesta al pie, Meagher dió la noticia de que Mora había sido derrocado y padecía destierro, pero agregaba que no por ello tenía nada que cambiar a su juicio, dando así a éste un valor moral completo. También un periodista francés, el señor Félix Belly, que estuvo en Costa Rica por primera vez el año 1858, dejó constancia de su concepto acerca de nuestro Presidente en esa época: «Físicamente se parecía a Cavour joven y tenía la iniciativa audaz y la actividad infatigable de éste. Como simple particular había emprendido grandes operaciones comerciales y dado vigoroso impulso al cultivo del café. Convertido en Jefe del Estado, por su popularidad como comerciante y productor, había dotado a San José de un Palacio Nacional que hoy es todavía (1867) el edificio más notable del Istmo; acababa de hacer revisar la legislación del país y Costa Rica le debía un largo período de paz interior y

de creciente prosperidad, que sólo había sido turbado por los desastres de la lucha contra la invasión extranjera... Mora era, en concepto de los extranjeros, la más alta representación del patriotismo centroamericano... Sobre todo poseía uno de los corazones más nobles y una de las inteligencias más vivas que se pueden encontrar. Como particular había hecho la felicidad de todos los suyos, derramando beneficios hasta sus enemigos. Como Jefe de Estado inauguró el gobierno más amplio de que Costa Rica ha gozado. Poseía la fe, la vida interna; sentía la necesidad de grandes horizontes. Comprendía por instinto todos los desenvolvimientos y todo el mecanismo del progreso. Adivinaba la actividad europea, las maravillas del crédito, la utilidad de la fusión de los intereses y de las razas. La República le debió su primer banco, su primer ferrocarril y su primer teatro».

Al llamar a las armas a sus compatriotas el Presidente Mora, en marzo de 1856, no tuvo en mira la conquista de tierras, ni siquiera la de saciar vanidades ciñendo su frente con el laurel ensangrentado de los jefes que ganan batallas. No. Los riesgos para nuestra libertad eran evidentes. «La Falange», compuesta por aventureros en su mayoría norteamericanos, oprimía a Nicaragua bajo el mando de William Walker y amagaba extender su dominio al resto de Centro América. Mora concibió bien la situación y preparó a su pueblo para la lucha con su hermosa proclama del 20 de noviembre de 1855; y luego, cuando creyó inminente el peligro, el 1° de marzo de 1856, lanzó su otra proclama famosa, invitando a «los labriegos sencillos a trocar la tosca herramienta por las armas de defensa», a impedir con todos los sacrificios posibles que se hollara el suelo de la Patria. Salvarse del vasallaje y de la institución de la esclavitud y salvar a Nicaragua de la misma ignominia, conservar la independencia de Centro América,—sagrado interés, desprendimiento purísimo,—ese fué el impulso que levantó a todo el pueblo costarricense, en todas sus capas, y que lo llevó a la tormenta terrible de la guerra. Ninguna ventaja material para los jefes o soldados, pero ni para la nación misma, ya que a la hora de la liquidación del conflicto, no añadiría ni una pulgada de superficie a su territorio ni una moneda a su tesoro.

Ruda fué la pelea. Santa Rosa, Rivas, San Juan, la Virgen, San Carlos, San Jorge; Juan Santamaría, miles de muertos en los campos de batalla, miles de muertos en el país por los estragos del cólera, miles de hogares sumidos en el pesar y angustiados por la pobreza, todos esos recuerdos de dolor y de gloria, iluminados por los fulgores del espíritu de libertad que los engendró y que los vivifica en nuestras almas. Armas primitivas, escasos recursos, soldados bisoños, jefes inexpertos; enormes dificultades que la dignidad de nuestro pueblo venció, gracias a sus poderosas fuerzas morales y al estímulo que recibía, durante la brega, de la voluntad acerada del caudillo Mora.

Por esto su nombre es cifra de redención en Costa Rica y debe ser invocado cada vez que la voracidad de pueblos más grandes pretenda, ya por los medios violentos, ya por los arbitrios astutos de la diplomacia o del influjo financiero, imponernos cadenas de esclavitud, como un conjuro del pueblo costarricense contra las ajenas opresiones y en la protección de su autonomía.

Cuando era escolar como vosotros, al oír el nombre del General don Juan Rafael Mora resonando en las cumbres de nuestra epopeya nacional, siempre me figuré que había sido él un militar, una criatura del cuartel o de los combates, con todas las asperezas externas e internas de ese origen y ese medio; por suerte para mí, más tarde, al conocer mejor su vida, desvanecí ese error y comprobé que fué un hombre esencialmente civil, de nervio duro y tan severo consigo como con sus enemigos, resuelto en los pasos estrechos, pero sin la índole ni los hábitos que caracterizan al tipo militar común. Su última carta a su dignísima esposa, escrita momentos antes de morir fusilado en Puntarenas, hoy hace sesenta y cinco años, y cuyo original he tenido en mis manos y leído con veneración profunda, admirando la firmeza de sus rasgos gráficos y la grandeza de su sentido, y la manera leal cómo avanzó en busca de la muerte por salvar a sus amigos y parientes, demuestran, si no hubiesen otros hechos suyos que lo revelaran, cuánto era su valor y que no estaba apegado a este mundo por sí sino por los demás, que era un héroe de verdad: pero también el trozo escrito en El Salvador el diez de setiembre, la víspera de su partida para Costa Rica, refleja la ternura de su corazón y la hidalguía de su ánimo, al expresar la tristeza y desesperación por la «idea de que sus hijitos quedaran desamparados» y al consignar con frase magnífica esta advertencia: «Hijos míos, no procuréis vengar mi muerte, porque la venganza desasosiega antes y desespera después de hecha». Condujo a su pueblo a la lucha, cruenta, pero sólo cuando una necesidad imperiosa y un sentimiento de honor y de solidaridad centroamericana se lo impusieron; mas sus ideas y sus inclinaciones fueron extrañas a los furores de la guerra, aficionado como era a las amenas satisfacciones de la vida social y a las artes de la paz, como el comercio y la agricultura, que le dieron riqueza y reputación, y ansioso también de encender siempre, en escuelas e institutos, luces para el entendimiento de sus conciudadanos,

Errores tuvo Mora. Sí. Uno de ellos, quizá el mayor, fué su segunda reelección. Como bien lo observa el historiador don Ricardo Fernández Guardia, el pueblo costarricense nunca ha visto con buenos ojos la permanencia prolongada de hombres o círculos en el gobierno, pues concibe los males infinitos que le toca sufrir cuando el poder no se trasmite con alternabilidad frecuente y sabe que con ello pierde toda virtud su democracia. Cuán distinto habría sido el destino de Mora y del propio país, si al vencimiento de su segundo período administrativo hubiera dejado el mando: él no habría padecido destierro ni muerte, hubiera seguido durante largos años rodeado por un halo de grandeza, siendo el árbitro en todas las cuestiones nacionales, el Padre de la República; y ésta habría continuado sin tropiezos su desarrollo, sin divisiones profundas entre sus hijos y sin la sombra sobre sus anales de haber fusilado a uno de sus propios fundadores.

Estas consideraciones no deben ser tomadas como censura o muestra de ingratitud. De los yerros de los seres superiores debemos hablar sólo para recoger las lecciones que nos puedan servir al perfeccionamiento de nuestra conducta o a la purificación de nuestras almas. No caigamos nunca, Dios nos libre, en el anatema que tan noblemente pronunciara Martí contra los que critican sin generosidad a los libertadores de Hispano América: «Un escultor es admirable, porque saca una figura de la piedra bruta; pero esos hombres que hacen pueblos son más que hombres. Quisieron algunas veces lo que no debían querer; pero ¿qué no le perdonará un hijo a su padre? El corazón se llena de ternura al pensar en estos gigantescos fundadores. Esos son héroes; los que pelean para hacer a los pueblos libres, o los que padecen en pobreza y desgracia por defender una gran verdad. Los que pelean por ambición, por hacer esclavos a otros pueblos, por tener más mando; por quitarle a otro pueblo sus tierras, no son héroes, sino criminales...» «Los hombres no pueden ser más perfectos que el sol. El sol quema con la misma luz que calienta. El sol tiene manchas. Los desagradecidos no hablan más que de las manchas. Los agradecidos hablan de la luz».

Que de don Juanito Mora siempre se digan palabras llenas de luz en esta escuela, que es el templo de su culto, a cuya sombra se puede decir que trabajé varios años y cuyo zumbido como de alegre y laboriosa colmena endulzaba y estimulaba mi pensamiento en las labores generosas que tenía a mi cargo.

Y ahora, réstame expresar mi gratitud al señor Director, que tan amables frases ha tenido para mí, y al personal de la escuela, por esta honra que me han conferido, superior a mis capacidades y merecimientos. Ofrece el mundo muchos y diversos halagos, así para el alma como para los sentidos; pero declaro, sin que haya exceso en la palabra, que nada ha podido ni podrá colmar tanto mi orgullo, como que se me haya juzgado digno y apto de sembrar en el surco de las conciencias infantiles, sustancia viva de la Patria del porvenir, la devoción al más grande de nuestros próceres, desde la más pura y elevada de las tribunas: la del Maestro.

RICARDO FOURNIER

# La Civilización del Sur (1)

**El arte en las ciudades. - El genio matemático de los Mayas. - Un personaje histórico-simbólico. La Mano Obradora. - El Árbol de Vida, el Loto e Ibis, símbolos conocidos entre los Mayas.**

Existe una multitud de leyendas y tradiciones que demuestran que todas las razas que poblaron a México tuvieron conocimientos teogónicos derivados indudablemente de una *misma fuente*, y que ellos fueron, como nos enseña la Historia, desfigurados en el transcurso del tiempo. De aquí emergen las diferencias que presentan en las ceremonias, costumbres y fastuosidades religiosas, todos los pueblos de la Tierra.

En México la evolución religiosa es palpable. Del culto a los animales —zoolatría—se llega a la contemplación de la Naturaleza, lo cual da lugar a la creación de múltiples secundarias deidades que, como ya se ha dicho, recuerdan los Elohims de Moisés.

Más tarde, sobre todo en la península de Yucatán, cuna de la *Civilización del Sur*, llamada así por comprender los pueblos que se extendieron por los Estados de Chiapas y Tabasco, hasta llegar a la célebre ciudad de Copán, en Honduras, el culto religioso se combina con el arte, y una nueva era que bien podríamos llamar el Renacimiento, crea una cultura notable si atendemos a la solemne y vigorosa arquitectura de las innumerables ruinas de palacios y pirámides, esfinges, obeliscos y estatuas, cuya magnificencia causan el asombro de quienes han visto estos restos gloriosos de un pasado que tuvo por matriz la Atlántida, el vasto continente descrito por Scott Elliot.

*La Civilización del Sur,* que fundó ciudades y villas tan célebres como el famoso Reino de Uxmal, con sus importantes poblaciones Nohcacab, Chetulul, Kabad, Tanchi, Bokal y Nohpat, fué grandiosa, y a su desarrollo contribuyó la riqueza de una región exhuberante y bella que un día viera alzarse en las riberas del Usumacinta—el Nilo de América—túmulos en los que se ha creído encontrar la bóveda elíptica, palacios y residencias que fueron morada de dioses y príncipes yucatecos.

Por aquel entonces fueron notables las ciudades de Izamal y Palenke, esta última fundada por Votán, el legislador, héroe y dios, el año 955 antes de Jesucristo, y descubierta en 1746 por Antonio Solís, Cura de Tumbalá; Tihoó, la ciudad de los palacios, hoy Mérida; Chicen Itza y otras muchas, todas cubiertas de templos suntuosos, repletas todas de pirámides y unidas todas por inmensas calzadas, donde a uno y otro lado podían verse las columnatas y pórticos que fueron propiedad de un gran pueblo, rico y poderoso, «tan grande como los pueblos sincrónicos del Viejo Mundo, con una civilización tan adelantada como la suya y correspondiendo como la de aquéllos al medio y a la época en que se desarrollaba».

Esta *Civilización del Sur* se perfeccionó gracias al talento de los Mayas y Quiches, que fueron insignes artífices, astrónomos, matemáticos y escritores.

Los Quiches, especialmente, sobresalieron como ingenieros notables que, de no haberlo sido, nadie podría explicarse cómo construyeron sus hermosos edificios de forma verdaderamente excepcional y bella. En Nachan es suntuoso el arte. Se dice existió en esta ciudad un arco en forma de trébol que recuerda las construcciones árabes.

La Plongeon cree que el conocimiento esotérico de los arios y de los egipcios se deriva de los Mayas.

El valor intelectual de estos pueblos es reconocido por todos los sabios del mundo. A este respecto el Doctor Spinden, Director del Museo de la Universidad de Harvard, rindió en un informe presentado en Cambridge, un tributo a la poderosa mentalidad de los Mayas, calificando al autor del Calendario Centroamericano de «genio matemático» y, discutiendo este asunto, aquel profesor se expresó así: que el 10 de diciembre del año 580 antes de Jesucristo, los Mayas inauguraron oficialmente un calendario perfecto, como se desprende de una inscripción encontrada en la ciudad de Copán, y que ese calendario funcionaba sin perder un solo día y sólo dejó de usarse cuando los libros mayas fueron destruidos por la Inquisición española en Yucatán». Que la inauguración del Calendario significa también la invención (580 antes de Cristo) del símbolo del cero, así como la de todos los números. Este hecho, agrega, fué desconocido de los griegos y de los romanos, y su introducción en la Europa Occidental se debió a los árabes. Este es el sistema decimal arábigo, del cual dependen las modernas matemáticas.

Debemos recordar que el sistema maya fué arreglado en una base modificada de 20, y por lo tanto es exactamente igual al arábigo; y que los antiguos mayas fijaron la primera cronología auténtica del *Nuevo Mundo* hace más de 2,500 años, según lo manifestó el Doctor Spinden.

«El año maya—prosigue el informe—constaba de 365 días y aunque los mayas no interponían los días necesarios en los años bisiestos, conocían perfectamente la forma de contrarrestar las diferencias acumuladas durante determinado número de años. El día oficial de Año Nuevo permanecía en un principio en el Solsticio de Invierno, exactamente 12 días después de la referida fecha del 10 de diciembre del año 500 A. de C., que fué cuando se inauguró el Calendario. En el año 480 de la Era Cristiana, este día de Año Nuevo había avanzado bastante y coincidían con el 9 de abril, hecho que está plenamente comprobado. Según nuestro calendario, ellos lo hacían el 8 de abril y no el 9; pero después de cálculos cuidadosos logramos comprobar que los Mayas estaban en lo cierto, mientras que nuestro calendario actual tiene un día de diferencia cada 3300 años aproximadamente. Luego, para hacer inconfundible la coincidencia, los Mayas agregaban 273,920 días al verdadero 9 de abril y alcanzaban el 22 de diciembre de 2619 A. de C., que es exactamente el día del Solsticio de Invierno».

---

Fueron los Mayas y Quiches, idealistas en sus mitos, y creyeron en un Dios eterno y todopoderoso a quien representaban sobre el disco del sol, «para indicar su naturaleza extracósmica».

Las tradiciones dicen que el fundador de esta raza autóctona fué Votán; pero debe mirarse en el, más que a un ser real, a la personificación de la raza.

Acerca de este personaje histórico-simbólico se dan muchas e interesantes referencias; pero según el sabio Roso de Luna, debemos considerarlo como al Quetzalcoalt mexicano, el Odin escandinavo, el Hermes mediterráneo y el Krishna de los arios, «pues todos estos nombres y cien otros, son UNO».

Votán, llamado también Tepanaguaste, caudillo de los Tepanecas, quiere decir «el Señor de Palo hueco, o barco», llega a Yucatán como un *viajero* y luego se establece en las riberas del Usumacinta. Es el jefe de una raza que a sí misma se daba el nombre de culebra, pues Votán era un *chan*, una *culebra*—símbolo de la Serpiente o Dragón, conocido de todos los pueblos—un iniciado *naga*, y

(1) Otro de los interesantes capítulos del estudio sobre las ideas religiosas de los Indígenas Mexicanos y Mayas-Quiches, por publicarse.

el pueblo que fundó se llamó NACHAN, la ciudad de las culebras.

El pueblo descendiente de los votanes se llamó Thiopisca o Teopisca, lugar sacerdotal.

Humbolt creyó que el Votán mexicano podría ser uno de los Budhas que vino a nuestra América a predicar su religión. Charence, dice que los pueblos de Guatemala tomaron el nombre de Votán de la Indo-China; y encuentra semejanza entre el mito de Votán y el Phra-Ruang siamés (hijo también de la Naga o Serpiente) y con el de Pyu-Tso-ti, de los birmanos.

Los Mayas deificaron a Votán, como al sucesor Zamná, el gran sacerdote. Ambos fueron negros.

A Kab-ul, que es el mismo dios Zamná, cuyo nombre significa *rocío del cielo*, se le consagró una gran pirámide en la ciudad de Izamal. De él se decía que sanaba a los enfermos y resucitaba a los muertos. Por esto en su templo se encontraba una gran mano, *la mano obradora*, o Kab-ul.

El obispo Landa, que conoció este templo, dijo que su altura era tanta que sólo el verlo ponía espanto en el ánimo.

Conviene saber que Votán conoció el símbolo de la Serpiente representado a veces con la letra S, y que entre los mayas este signo corresponde a la letra N.

Por esta razón Bonilla y San Martín dice que esto pudiera indicar que Votán o Wotán, procedía de un pueblo en cuyo idioma el nombre de aquel reptil comenzaba con N, como el Naga sanscrito, el Nakh siamés, o el Nahash hebreo.

---

Si los monumentos mexicanos están demostrando que ellos son reveladores de un simbolismo trascendente, los Códices Mayas, indescifrables muchos, prueban que antaño hubo un sistema arcaico o Ciencia Sagrada que se relaciona con los secretos de la Naturaleza y que tienen su clave correspondiente para llegar a comprenderla en todo su justo valor.

Entre los símbolos más notables que presentan los Códices Mayas hallamos diversos lotos humanos, *chacras* o centros de fuerzas, y claves arbóreas; pero en otros monumentos y tableros famosos encontramos no solo la simbólica flor del Loto, sino el ave sagrada o Ibis, y, también, el símbolo de la Cruz, siendo la más importante de todas la de Palemke, que es una viva representación del Arbol de la Vida.

En Mixteca, Querétaro, Tepic, Tianguistepec y Metztitlán, esta última labrada en la cima de una roca, aparece la Cruz.

Todos estos símbolos son universales, y aparte de constituir la mejor enseñanza para quien sabe leerlos, fueron aplicados a diversos Iniciados. A Jesús, por ejemplo, se le llamó *Arbol de Vida*, así como fueron *Cedros del Líbano* o *Arboles de Justicia*, algunos reyes de Israel.

El Arbol es el símbolo de *crecimiento* y de Vida (no la física); representa la Vida Universal del Logos y de sus vástagos cósmicos. En cuanto a la flor del Loto, que aparece en la mano de un sacerdote esculpido en un famoso relieve existente en Chiapas, del cual el insigne Chavero dice que aparece con tanta majestad como iban los Hierofantes egipcios junto al buey Apis, es uno de los más preciosos emblemas que hemos heredado, y significa o representa a los Poderes Creadores de la Naturaleza, sea física o espiritual.

El Loto, además de lo dicho, aparece en todas las grandes religiones. En la Católica tenemos un ejemplo en el Arcángel Gabriel, que aparece con un *lirio* en la mano. La vara de Jetse, de Moisés, Aaron y la de Mercurio son también alusiones al Gran símbolo.

El ave simbólica o Ibis explica muchos misterios cosmogónicos cuando se relaciona con su complemento: el Huevo o Gérmen, que asegura la continuidad de la *especie*, dice Roso de Luna.

¿De dónde y cómo derivaron los antiguos Mayas el conocimiento de estos símbolos sagrados? ¿Sería Votán el iniciador de estas enseñanzas dadas en los Misterios por él establecidos en Yucatán y comarcas adyacentes?

Los Mayas creían en la inmortalidad del alma, y los Quiches la colocaban en el corazón, el órgano donde residía el origen de la inteligencia y de las pasiones; de aquí que en sus plegarias ofrecieran a sus dioses el corazón. Los Itzaes cuando querían expresar amistad y cariño decían que su corazón *estaba bueno*. Esto me hace recordar el versículo 16, XVIII, del *Bhagavad Gita* (Canto del Señor) que dice: «En el corazón de todos los seres vivientes, Arjuna, reside el Señor».

Fueron los Mayas muy dados al lujo y tuvieron sus representaciones teatrales que constituían un simple baile mímico en que las mujeres, que es fama eran muy bellas, tenían su mejor entretenimiento.

En los grandes festejos religiosos que ocurrían en ocasiones determinadas, la danza formó parte de las ceremonias.

Se ha observado que el lazo de unión entre los Mayas lo constituyó la religión, y que su gobierno, siendo teocrático, originó un fanatismo increible, pues el sacerdote entre los Mayas, se sobrepone al dios.

Ellos dieron a sus sacerdotes el nombre Ahkim, que significa echar la suerte.

Los historiadores dicen que tuvieron el culto de la priapea, apoyándose en descubrimientos de ídolos que representan la reproducción humana. Como dato curioso diremos que estos ídolos tienen tantas rayas como días pasan desde la concepción al nacimiento, lo que demuestra que los mayas-quiches tuvieron buenos conocimientos médicos.

JORGE CARDONA

San José de Costa Rica.

---

# Sobre los estudios estéticos

=Extracto de la conferencia que dictó Rafael Estrada ante la Asociación de Estudiantes de Costa Rica, la noche del veintiséis de mayo último.=

(Continúa. Véase la entrega anterior).

## V. La Estética como Filosofía

Bajo cualquier definición que los estudios estéticos se nos ofrezcan, la Estética tendrá siempre su expresión más alta en el elemento filosófico que la caracterice. Un libro de texto podrá decirnos, en el kindergarden de la materia, que cada estético obedece y piensa dentro de una filosofía determinada; podrá citarnos ejemplos: Hegel es producto del panteísmo idealista; Gioberti trabaja dentro del espiritualismo católico; Vernón obedece al positivismo; Winkelmann y los kantianos siguen la corriente cientifista de Alemania. Desde ese punto de vista determinado, cada estético contempla, analiza, intenta explicarse o se explica a su modo el fenómeno del arte; y no obstante las diversas corrientes filosóficas, es lo más interesante de los estudios estéticos el sentido que cada autor ha dado al Arte desde ese elevado punto de vista.

Mas observaremos que, aún en este nivel insuperado, las diversas filosofías sugerirán diversas estéticas, en oposición algunas, y todas producto de una visión unilateral del arte. Asimismo observemos que, aún cuando considerara la Belleza como *cosa en sí* y desde una filosofía única y universal, la subordinación de la Estética a la Filosofía permanecerá inalterada; obsérvese también que la Belleza, considerada como *cosa en sí*, será apreciada por los estéticos desde el punto de vista del Arte, y la Estética permanecerá siempre subordinada también a los artistas, en cuyas obras únicamente puede encontrarse el Arte.

Relativamente poco valor tienen estas apreciaciones sobre la Estética; iniciamos apenas su análisis; tendremos que dolernos más por la falta de independencia de un estudio que se dirige a la labor más preciosa del espíritu humano.

## VI. Estética y Filosofías

Podemos señalar ahora un hecho frecuente en los estudios estéticos: infinidad de autores se acogen a una filosofía para determinados fines, y a otra, quizá diametralmente opuesta, para otros fines, para sustentar otras tesis, dentro de su mismo tratado de Estética. ¡Aquí podría empezar la critica a los estudios estéticos!

De esta anomalía resultan innumerables contradicciones y deficiencias. Haremos enseguida una breve exposición de ejemplos para ilustrar estos razonamientos generales.

## VII. Unidad filosófica

Habrá podido adivinarse que a nuestro parecer la unidad filosófica no resolvería el problema de la disparidad de criterios en cuestiones artísticas, y mucho menos la posibilidad de incurrir en anomalías semejantes a las señaladas. La unidad filosófica proporcionaría, satisfaciendo todas las exigencias de nuestros pensamientos, una época histórica de uniformidad superior. Mas los estudios estéticos no tienen supeditado su organismo, su método, como hemos visto, tan sólo a una filosofía.

Están supeditados también al Arte, del cual son vasallos, y el cual es creación del artista. Este hecho supremo, en vez de arrebatar a los autores hacia lo infinito, hacia el celeste misterio de la creación artística, lejos de llevarlos a apreciar el Arte en sí cuando menos para colocar los cimientos de una actividad independiente, los esclaviza en estrados inferiores, que los atraen con sus muchas probabilidades de exploraciones interesantes, despertándoles una como avidez de análisis y despedazamiento. Seguiremos el rumbo de los estudios estéticos, tal y como los encontramos, en ese entretenido análisis, y puntualizaremos igualmente las causas de nuevas deficiencias y contradicciones que habremos de encontrar en los nuevos engranajes que la subdividen: citamos antes la historia y la psicología.

Falta a la Estética una independencia razonable, enérgica, que le permita contemplar el fenómeno del Arte desde un mirador tan amplio como el del filósofo y el del artista.

## VIII. Historia y Psicología

El estético se dirige, en vez de elevarse a la intuición y apoyarse en su propio empuje, a examinar *las causas* de los fenómenos artísticos, a determinar *la causa* de las formas del Arte, a exlicarse el por qué de la creación artística. Y encuentra una fuente inagotable, desde luego, en la historia.

Consideremos por un momento el estado actual de la historia, como ciencia o como filosofía de la evolución humana, como luz para conocer la causa de los hechos históricos, y no encontraremos sino tentativas iniciales, tímidas, que no permiten atreverse a formular una conclusión indiscutible sobre la finalidad de la existencia humana; esto lo encontraremos tan sólo en los filósofos, y apreciado de muy diversa manera. ¿Cómo es posible, entonces, que la historia, o la historia del arte, dé al estético una base para determinar la finalidad del Arte? Prescindamos de esta deficiencia fundamental, y consideremos que las diversas maneras de apreciar la finalidad del Arte pueden multiplicarse según las diversas filosofías.

El advenimiento de la Psicología abre una nueva página en la evolución cultural de nuestro tiempo; puede ampliarse en cuanto a ella, y en mayor proporción porque es una ciencia más incipiente, el mismo razonamiento que se ha hecho respecto a la historia. El estético la aprovecha para el análisis de la actividad artística, para determinar los móviles subjetivos del artista, para dar un sentido psicológico a sus apreciaciones históricas, para conocer el mundo espiritual en que vive el artista. Y la multiplicidad de pareceres contradictorios es más lamentable.

Y no nos doleríamos tanto quizá del porvenir de los estudios estéticos, así considerado, porque los viéramos sometidos a los matices de las filosofías, a las deficiencias de los estudios históricos, o psicológicos; quizá no nos doleríamos tampoco de encontrarnos tantos tratadistas que fragmentan a su capricho las corrientes filosóficas o no aciertan en la verdad histórica o psicológica e incurren en confusiones para fundar en ellas sus ideas personales. No nos doleríamos tanto, si no encontráramos también la tendencia, que se hace sistemática y necesaria en todo tratado de estética, a negar valor artístico a una obra que no respete las normas que él deduce de sus estudios, orientados, como hemos visto, en confusión anárquica casi siempre y en todo caso por derroteros unilaterales, desde luego estrechos. Fijaremos de modo concreto las causas de otros nuevos errores.

Rafael Estrada

(Concluirá en la entrega próxima)



## Abd-El-Krim y Bolívar

Como Bolívar, hace cien años, Abd-El-Krim, en tono elocuente, extiende el espíritu a través de los mares para ser escuchado por hombres que llevan en sus venas, partículas de la sangre arrogante de los árabes. Y los pueblos de estirpe ibérica, que sintetizaron sus anhelos de libertad en las invocaciones que lanzara al mundo su grande y romántico héroe hoy día, se sienten conmovidos. El espectáculo de una torpe aventura militarista les hace volver los ojos hacia el pasado, para contemplar la vibrante protesta de miriadas de hombres que no querían tutelajes oprobiosos.

¿Qué argumentos esgrime la España clerical y militarista para justificar su imperialismo en Marruecos? Muchos, pero todos de una majestuosa tontería. Hablar, verbigracia, de misión civilizadora, cuando se sufren de taras inveteradas, resulta de una comicidad que marca época en la historia. Antes que todo precisa desterrar de la propia casa el espectáculo sanguinario de la lidia de toros; fabricar menos curas y suprimir las célebres penas por delitos de lesa majestad. La misión evangélica de civilizar—a tiros de fusil—es obra secundaria cuando hay que atender a sus problemas internos que tienen prioridad sobre las cosas de otros países.

No existen razones ni hábiles sofismas para justificar los tutelajes o las detentaciones. Pueblo que se siente capaz de controlarse, sin ajenas ayudas, debe ser autónomo y soberano. Y todo lo que contraríe este pensamiento, basado en la justicia, se llama insolencia o bandolerismo. Francia o España, acogotando a un pueblo que no quiere seguir domesticado, merecen un adjetivo sonoro, como todos los salteadores imperialistas que clavan las filudas garras en la carne de pueblos inermes.

Abd-El-Krim representa una causa de justicia internacional. Estos pueblos, hijos de San Martín y Bolívar, tienen que estar muy cerca de él, vibrando con sus emociones de gloria o de desencanto.

A la valiente juventud argentina, en un mensaje lleno de confianza, el líder marroquí, le dice: «Nada hay más sagrado y respetable que el derecho de los pueblos a regir sus propios destinos, dándose las leyes y las formas de gobierno más adecuadas a su idiosincrasia y a sus aspiraciones. La fiesta de Ayacucho es por eso la fiesta de todos los pueblos que luchamos por nuestra independencia y a ella me asocio con entusiasmo legítimo, en mi carácter de Regente Provisional de la República del Riff.»

Es la misma ansia de independencia que animaba a Bolívar. ¿Acaso esa convicción fué quebrantada un solo instante? Por sobre todos los sinsabores, las dificultades extraordinarias y la mirada hipócrita de los países rabiosamente monarquistas, su fe era una tremenda afirmación en el futuro de los pueblos iberoamericanos. En la Carta de Jamaica, al amigo desconocido para las otras gentes, le escribía: «El suceso coronará nuestros esfuerzos, porque el destino de la América se ha fijado irrevocablemente.»

«Así como vosotros luchásteis hace un siglo, por procuraros una nacionalidad propia, nosotros estamos hoy dispuestos a sacrificar vidas y haciendas para constituirnos en pueblos libres». Repetidas veces Bolívar también sentenció del mismo modo.

¿Qué diferencia hay en el espíritu de dos hombres que simbolizan la acción redentora? Ninguna, si atendemos a su amor por la libertad. Pero la morbosa dialéctica del jingoista Poincaré, apunta los abismos. Sur América estuvo preparada para la revolución, nos dice; Marruecos no. Pero no advierte que las castas que interpretaban el pensamiento de Fernando VII nos llamaban «rebeldes», «insurrectos», incapaces de gobernarnos sin ajena ayuda, y otras lindezas por el estilo. Sin embargo, por virtud de la sangre fuimos libres. Entonces, por ese hecho, violentamente, nos capacitamos. España nos concedió hasta honores. En adelante no fuimos insurrectos, sino pueblos libres que no necesitábamos tutelajes. Idéntico fenómeno acontece con Marruecos. Abd-El-Krim es un salvaje y sus tribus hordas de caníbales. Sin embargo, esperemos. La pujanza combativa de ese gran pueblo, es un síntoma de éxito. Cuando Abd-El-Krim expulse a los Primos de Rivera, definitivamente, de un territorio que no se ha hecho para las escaramuzas de conquistadores inescrupulosos será llamado «grande hombre», «héroe», etc. Se repetirá la escena de una segunda apoteosis, como en los días trágicos de la caída de La Serna.

V. Modesto Villavicencio

Lima, agosto de 1925.

*Nota.*—Villavicencio es uno de los más destacados escritores de la generación peruana. *(J. C. M.)*

## Libros y folletos recibidos

Rafael Sala: *Marcas de fuego de las Antiguas Bibliotecas Mexicanas.* México, 1925. Monografías Bibliográficas Mexicanas Núm. 2. Don. de don Jenaro Estrada.

Rafael Heliodoro Valle: *El convento de Tepotzotlan.* México, 1924. Talleres gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía. Don. del Autor.

Juan B. Terán. *Voces campesinas.* Buenos Aires, 1925. Jesús Menéndez. Librero Editor, Don. del Autor.

Antonio Burich: *Historias.* Buenos Aires, 1925. Agencia de Librería y Publicaciones. Don. del Autor.

M. Vincenzi: *Antonio Médiz Bolio.* San José de Costa Rica. 1925. Imp. Trejos. Don. del Autor.

Vizconde de Lascano Tegui: *De la elegancia mientras se duerme.* París, 1925. Editorial Excelsior. Don. del Autor.

María Enriqueta: *El secreto* (novela). Madrid. Editorial América. Don. de la Autora.

Enrique González Martínez: *Problemas mejicanos.* Madrid. 1925. Don. del Autor.

Extractos y otras referencias se darán, en ediciones posteriores.




# La Edad de Oro

**Lecturas para niños**

(*Suplemento al* Repertorio Americano)

## Tres parábolas del Buda

### El reparto de la dicha

Annabhara, esclavo de Sumana, fué a segar hierba al prado, cuando vió un sramana que mendigaba su comida con un cuenco en la mano; entonces, arrojando al suelo su gavilla de hierba, corrió a su casa y volvió trayendo el arroz que le habían dado para su alimento,

El sramana comió el arroz, y animó a Annabhara con palabras de exhortación religiosa.

El hijo de Sumana, que vió la escena por una ventana, gritó: «¡Bien, Annabhara; eso está bien hecho!»

Ya habiendo oído estas palabras Sumana, preguntó qué querían decir, e informado de la devoción de Annabhara y de las palabras de exhortación que había recibido del sramana, fué hacia su esclavo y le ofreció dinero para participar de la bendición, recompensa de la ofrenda.

«Mi amo, dijo Annabhara, permitidme interrogar antes a ese venerable religioso.» Y acercándose al sramana le dijo: «Mi amo me pide que divida con él la bendición de la ofrenda que os he hecho al daros mi ración de arroz. ¿Es conveniente que la divida con él?»

El sramana contestó por medio de una parábola diciendo: «En una aldea de cien casas había sólo una luz encendida. Fué entonces un vecino y encendió su lámpara, y del mismo modo la luz fué comunicada de casa en casa, acrecentándose la luz en la aldea. Así también la luz de la religión puede extenderse sin que pierda nada el que la comunica. Extiende, pues, la bendición de tu ofrenda. Compártela.»

Annabhara volvió a casa de su amo y le dijo: «Te ofrezco, señor, una parte de la bendición de mi ofrenda. Dígnate aceptarla.»

Sumana la aceptó y quiso dar a su esclavo una cantidad de dinero, pero Annabhara respondió: «Señor, si aceptara dinero, parecería que te vendía mi parte. Una bendición no puede venderse; yo te ruego que la aceptes como un don.»

Y el amo dijo: «Hermano Annabhara, desde este día eres libre. Mírame como un amigo y acepta este presente como una señal de mi amistad».

### La mujer del Pozo

Ananda, el discípulo preferido del Buda, yendo de misión por mandato del Señor, acertó a pasar cerca de uno de los pozos de una aldea, y viendo a Prakriti, una joven de la casta matanga, le pidió de beber,

Prakriti dijo: «¡Oh brahman!, yo soy muy humilde y muy despreciable para darte de beber; no pidas ningún servicio de mí, no vaya a manchar tu santidad, porque soy de baja casta»,

Y Ananda respondió; «Yo no te pido tu casta, sino el agua». Y el corazón de la joven matanga palpitó de gozo y dió de beber a Ananda.

Y Ananda le dió las gracias y se fué; pero ella le siguió alguna distancia.

Y habiendo sabido que Ananda era discípulo de Gotama Sakyamuní, la joven fué a buscar al Bienaventurado, y llorando le dijo: «¡Oh Señor!, apiádate de mí y permíteme vivir donde habite tu discípulo Ananda, a fin de que pueda verle y servirle, porque yo amo a Ananda»,

Y el Bienaventurado comprendiendo las emociones de su corazón, dijo; «Prakriti, tu corazón está lleno de amor; pero tú no comprendes tus propios sentimientos, Tú no amas a Ananda, sino su bondad, Recibe, pues, la bondad que le has visto practicar, y a tu vez, en la humildad de tu estado, ejércela con los otros.

»En verdad, hay un gran mérito en la generosidad de un rey cuando es bueno respecto de sus esclavos; pero hay un mérito mayor todavía en el esclavo que sufre, olvidando sus males y cultivando en sí mismo la bondad y la buena voluntad por la humildad entera. Cesará de odiar a sus opresores, y hasta, incapaz de resistir a su usurpación, tendrá piedad de su arrogancia y de su fiera actitud.

»Bendita seas, Prakriti, porque, aunque pertenezcas a la casta matanga, tú serás un modelo para las grandes y nobles damas. Eres de casta inferior, pero los brahmanes reciben de ti una lección. No te apartes del camino de la justicia y de la rectitud y tú resplandecerás la gloria real de las reinas sobre su trono»,

### El perro hambriento

Hubo una vez un rey que oprimía a su pueblo y que era odiado de sus súbditos; sin embargo, cuando el Tathagata fué a su reino, el rey deseó vivamente verle; de suerte que fué donde el Bienaventurado estaba sentado, y le dijo: «¡Oh Sakyamuní! ¿puedes predicar al rey un sermón que a la vez que alegre su espíritu le sea provechoso?

Y el Bienaventurado dijo: «Voy a contarte la parábola del perro hambriento:

Había una vez un tirano cruelísimo. El dios Indra, bajo la forma de un cazador, descendió a la tierra con el demonio Matali; éste, afectando la forma de un perrazo terrible. El cazador y el perro entraron en el palacio, en el cual el perro se puso a aullar tan lastimosamente, que el real edificio, a su voz, se conmovía hasta sus cimientos, El tirano hizo conducir hasta su trono al cazador, y le preguntó la causa de tan terrible ladrido. El cazador dijo: «Ese perro tiene hambre». En seguida, asustado el rey, ordenó que le diesen de comer, Toda la comida preparada para el festín real desapareció rápidamente en las quijadas del perro, que aullaba siempre de una manera terrible Se. buscó más comida, y todos los graneros reales estaban vacíos. Desesperado el tirano, entonces preguntó: «¿No hay nada que pueda satisfacer el apetito de esta horrible bestia?» «Nada, respondió el cazador, como no sea la carne de todos sus enemigos», «¿Y quiénes son sus enemigos?» preguntó con angustia el rey. El cazador respondió: «El perro ladrará mientras haya hambientos en el reino; sus enemigos son esos que ejercen la injusticia y oprimen a los pobres». El opresor del pueblo, acordándose de sus malas acciones, sintió remordimientos, y por primera vez en su vida comenzó a escuchar las lecciones de la justicia».

Y al acabar este cuento, el Bienaventurado, dirigiéndose al rey, que estaba pálido, le dijo:

El Tathagata afina los oídos espirituales de los poderosos; si tú oyes aullar al perro, ¡oh rey!, piensa en las enseñanzas del Buda, y podrás aprender todavía a calmar al monstruo»,

Contadas por
PABLO CARUS.

*(El Evangelio de Buddha).*

## De siete a nueve

### LAS DOS HORAS PARA EL BIEN

Me acuerdo de haber escrito—cuando más agitados eran los debates en torno del famoso tema de organización del trabajo, llamado «de las ocho horas»—una página optimista... Su título era *De siete a nueve*, Aludía a las dos horas arrancadas al monopolio del quehacer profesional, y a la manera de ocuparlas con fruto.

«De siete a nueve», en grupos humanos que jamás habían conocido un «de siete a nueve» de libertad, ¡caben tantas cosas! Cabe—así, sinceramente, me lo figuro—el principio de una era nueva. Y el imperio de una mejor *Idea social*, trabajadora y pacífica, de eficacia hasta hoy únicamente alcanzada con la *Idea social*, inmemorialmente nacida de la guerra.

Tal vez no existe hoy, para gobiernos y para conciencias, responsabilidad general más grave que la derivada de la existencia y de las posibilidades de este «de siete a nueve».

* *

Pero, entre las más hermosas de éstas, nunca nos hubiéramos atrevido a imaginar algo tan significativo y tan prontamente logrado, como lo que envuelve cierta noticia, cuya emoción recorre hoy el mundo, cuya comprobación puede tal vez mañana salvarle de uno de sus máximos horrores. La del descubrimiento de las causas específicas del cáncer, digo. Y de la probable preparación de una vacuna que lo prevenga o cure.

La famosa revista médica inglesa *The Lancet* ha lanzado el descubrimiento. El telégrafo lo ha difundido por todas partes. Al fundado escepticismo que, en los primeros días, acogiera tal publicación, sucede ya la confianza. Crece ésta cada día. Sábese que los resultados obtenidos son ya suficientes para permitir las mejores esperanzas.

La curiosidad, la admiración y ya la gratitud han aprendido a la vez el nombre de los descubridores. Los dos son ingleses. Uno se llama Gye. El otro, Barnard.

Este no es un médico. Aquél, hace muy pocos años, no lo era todavía.

Pues ¿qué es, profesionalmente, Barnard? ¿Qué era, hace unos pocos años, profesionalmente, el hoy doctor Gye? Aquél es un tendero. Este era un obrero. A los dos el «de siete a nueve»—que, en Inglaterra, es claro, es un «de cinco a siete»—les ha emancipado.

Barnard es un patrón sombrerero. Tiene su tienda en Londres, en Jeermyn Street. Una afición intensa le ha llevado a trabajar en el microscopio. Por mucho tiempo no ha podido satisfacerla. La tienda, la tienda que él poseía—que se figuraba poseer—le esclavizaba. Pero ahora la jornada de trabajo es menos absorbente. Mr. Barnard tiene un par de horas libres, y en ellas frecuenta el laboratorio de Mornt-Vernon. ¿Representa demasiado poco dos horas cada día para el trabajo científico? No sé si en España llegan a media docena los médicos y los catedráticos de Medicina que cuenten con tanto.



Los doctores BARNARD y GYE
que acaban de descubrir los gérmenes del cáncer.

Gye era un obrero ferroviario. En otras épocas, como Barnard con su tienda, Gye hubiera tenido que emplear todo el tiempo en servir su locomotora. Ya no ocurre así, El joven ferroviario, ambicioso de más altos designios, ha podido ahora tener su «de siete a nueve»—o su equivalencia.—Compró libros. Estudió. Llegó a graduarse en medicina. La investigación le atraía. Y a la investigación pudo darse muy pronto, porque también los médicos del mundo empiezan a poder contar con su «de siete a nueve».

Hoy el patrono Barnard, el obrero Gye, han podido devolver con creces a la causa de las luces lo que la causa de las luces les ha otorgado.

* *

Esta energía de las *dos horas* para el bien, también las pueden tener para el mal. No sé cómo andarán ahora las cosas en Asturias. Pero en la trasguerra, con la disminución de dos horas entre los mineros, se observó este cambio: aquellos que antes bebían sidra se pusieron a beber ajenjo.

Donde caben todas las esperanzas, caben todos los temores. Así no me cansaré de repetir la palabra: responsabilidad.

EUGENIO D'ORS

*(Nuevo Mundo, Madrid).*

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica